

## **DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Isaías 2, 1-5): *El Señor reúne a su pueblo en la paz de su reino.*

**Salmo** (121, 1-2.4-5.6-7.8-9): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

**2ª lectura** (Romanos 13, 11-14a): *Nuestra salvación está cerca.*

**Evangelio** (Mateo 24, 37-44): *Vivid en vela y estad preparados.*

El sueño en ocasiones nubla nuestra mente y nuestro corazón y nos sumerge en una paz soñolienta. La oscuridad no forma parte de nuestro tiempo, no es lo esencial en nuestra vida. La vida es luz y donde está la luz no tiene sentido la tiniebla. ¡Es hora de despertar! Cuando el ser humano despierta, hace posible la esperanza.

Podemos tener la tentación de vivir a medio gas, ocupándonos de las cosas y actividades cotidianas como si fuera lo esencial de nuestra vida, sin atender a lo que realmente importa, incluso cerrando los ojos a todo aquello que reclama nuestra atención. Y preferimos seguir dormidos, no queremos ver la luz que nos reclama mirar y ver al otro, ver al hermano.

Tenemos que situarnos en lo alto, como el vigía que subido en una torre elevada, está atento a cuanto sucede a su alrededor, así, podremos ver al cercano, al que sufre a nuestro lado, al que vive en soledad, al que pasa hambre, al que vive sin sentido. Despertar y convertir las armas de la ignorancia y del olvido en acogida, aceptación, solidaridad y comunión.

La persona que está despierta y vigilante, elige el mejor punto de observación para que su mirada alcance la mayor extensión posible. La mirada o la visión, exige más tarde, reflexión; es decir, la anchura y profundidad de la misma. Cuando lo que se vigila es la venida del Señor, algo cambia en nuestra mirada. Ésta se vuelve observadora, anhelante, busca la señal, el signo donde se vuelve visible la Vida. Rastrear las huellas de Dios en nuestro mundo requiere una mirada capaz de captar lo que clama, gime, llora, ríe, salta; para vislumbrar entre las sombras la luz de Dios que nos llega.

La necesidad de estar alerta y vivir en constante vigilancia porque no sabemos cuándo será la venida del Señor es la invitación que nos hace Mateo a todos los cristianos. Para ello, nos ofrece en el evangelio cuatro ejemplos de personas sorprendidas por los acontecimientos y nos exhorta a vigilar y esperar activamente.

En el primer ejemplo <sup>(37-39)</sup>, la falta de vigilancia de la venida de Jesús es comparada con el descuido de los tiempos de Noé, cuando la mayoría de las personas, entregadas a sus actividades cotidianas, no estaban preparadas para los acontecimientos que sobrevinieron: el diluvio vino de pronto, súbitamente y arrastró a todos, no por su falta de fe, sino por su descuido e inconsciencia. Al igual que entonces la vida discurría normalmente cuando sorprendió a todos la catástrofe. Así será también la parusía.

El segundo y el tercer ejemplo <sup>(40-41)</sup> son similares y reflejan a dos hombres y dos mujeres ocupados en la misma actividad con resultados radicalmente diferentes. De ahí la repetición de la advertencia *«¡manteneos despiertos!»*, mantener una actitud activa, alerta, para llevar adelante lo que hay que hacer.

El cuarto <sup>(43)</sup> subraya la necesidad de prepararse para un acontecimiento que sucederá en tiempo desconocido: *«Si supiera el dueño de la casa...»*. Si no es posible conocer el día y la hora, la única opción que nos queda es estar alertas y atentos. Velar es una forma de vivir y de relacionarnos con Jesús, que nos lleva a la comunidad, al compromiso con la justicia y a una espera activa, transformadora, emprendedora. *«Por eso también vosotros»*, la comunidad de discípulos, los seguidores de Jesús de Nazaret, debemos estar despiertos, alerta y llevar una vida caracterizada por la fidelidad al Mesías que está cerca.

Estrenamos un tiempo nuevo en el que se nos invita a pararnos, a fijarnos en la novedad de lo que acontece, en lo nuevo que nos sobreviene. Este Adviento viene a recordarnos que como creyentes hemos sido llamados a la comunión. La comunión es lo que nos mantiene atentos, expectantes, alerta ante Aquél que viene y nos adentra en ese misterio insondable de una profunda relación.

*«Vamos alegres a la casa del Señor»*. Venid, es hora ya de salir de nuestros letargos, de iniciar la salida y la subida. Subamos al monte del Señor, al lugar del encuentro. El esfuerzo merece la pena: las espadas se convertirán en arados, en el trabajo y en el pan cotidiano; las lanzas, en podaderas, para regar la tierra de Paz. El camino no es fácil, pero no estamos solos, alguien camina a nuestro lado; descubramos quién es el que nos trae la salvación, el que nos invita a la vida, a una felicidad que no tiene fin.

**¡Ven, sube, despierta, vamos prepárate; comienza la salvación, ya está aquí!**